

pecho de Inés.—Bendito sea Dios que nos ha sacado de allí. No te olvidaré nunca, horrenda noche de amargura; no te olvidaré nunca, risueña mañana de este día feliz. Estamos en lunes, día 2 del mes de Mayo.

Un rato permanecí en aquella actitud, porque estaba rendido de cansancio. El día se acercaba y se sentían los primeros lejanos y vagos rumores, desperezos de la indolente ciudad que despierta. Por Oriente hacia el fin de la calle de Alcalá se veía el resplandor de la aurora, y cuando nos retirábamos, Inés y yo nos detuvimos un instante á contemplar el cielo que por aquella parte se teñía de un vivo color de sangre.



XXV

Al entrar en mi casa, donde yo pensaba descansar un rato con Inés, antes de emprender la fuga, encontramos al buen Don Celestino, que habiendo llegado la noche anterior, creyó conveniente albergarse en mi humilde posada antes que en otra cualquiera de las de la Corte. Ya le había yo informado por escrito de la verdadera situación de las cosas en casa de los Roquejos, así es que desde luego guardóse de poner los pies en la famosa tienda.

El y nosotros nos alegramos mucho de vernos juntos, y apenas teníamos tiempo para preguntarnos nuestras mutuas desgracias, pues ya habrán comprendido ustedes que las del bondadoso sacerdote no eran menores que las nuestras.

—Pero hijos míos—nos dijo.—Dios nos ha de proteger. ¿Cómo es posible que los malvados triunfen fácilmente de los rectos de corazón? Vosotros hui de la maldad de aquellos dos hermanos, y yo también huyo, yo también vengo aquí ocultando mi nombre honrado, porque me persiguen como á un criminal.

Al decir esto, el buen anciano derramó algunas lágr.

mas y nosotros para consolarle, le animábamos presentándole el espectáculo de nuestra alegría, y contábamos entre risas y chistes las extravagancias y tacañerías de los tíos de Inés.

Dios nos ayudará—continuó el cura.—Veamos ahora como salimos de Madrid. ¡Oh qué persecución tan horrosa! Me acusan de que fui amigo del Príncipe de la Paz. Ya lo creo que fui amigo de Su Alteza. No sólo amigo, sino aún creo que pariente. No puedes figurarte los líos que me han armado, Gabrielillo... y también te acusan á ti... ¡Has visto qué picaros!... Que si escribíamos cartas.... que si tú las llevabas.... Verdad es que yo fui varias veces al Palacio de Su Alteza para aconsejarle lo que me parecía conveniente para el bien de la nación; pero nunca le dije nada, porque con esta mi cortedad de genio.... En resumen, hijo, sabiendo que me iban á prender, me puse en camino calladito y pienso presentarme al señor Patriarca, para que disponga de mí. Pero oid lo mejor. ¿Creeréis que ese tunante de Santurrias es quien más sañudamente me ha perseguido, dando testimonios falsos de mi conducta? Nada, nada; es cierto lo que yo dije en aquel sermón: ¿te acuerdas, Gabriel? Dije que la ingratitud es el más feo monstruo que existe sobre la tierra. *Vilissima et turpissima hydra*. ¡Quién lo había de pensar!

Ahora, pensemos, señor cura, cómo nos las vamos á componer para salir de este laberinto. ¿A dónde vamos? ¿Qué recurso tenemos?

—Hijo mío, Dios no ha de desampararnos. Confíemos en él, y entre tanto oye un proyecto que esta madrugada me ha ocurrido. Hace ocho días estaba en Aranjuez la señora marquesa de ***, persona discreta, muy temerosa de Dios y de tan buen corazón, que remedia cuantas necesidades llegan á su noticia. Visitóme ella varias veces, la visité yo también, y según me decía, mi trato le era sumamente agradable. Esto lo diría por urbanidad. Me preguntaba mucho por Inés, mostrando grandísimos deseos de conocerla, y

cuando por última vez la ví, suplicóme encarecidamente que si alguna vez pasaba á la Corte, no dejase de acudir á su casa en compañía de mi sobrina. Esto me lo repitió muchas veces, y su empeño por ver á la sobrinilla, me ha llamado mucho la atención.

—También á mi—repuse.—Conozco á la señora marquesa, en cuyo palacio representé cierto papel de traidor, de que no quisiera acordarme. Era en la misma casa donde ustedes vivían.

—Pero la señora marquesa no vive ahora allí, pues durante la primavera se traslada á casa de su hermano, allá por la Cuesta de la Vega, en un palacio que tiene muy amenos jardines, y espacioso horizonte hacia la parte del Manzanares. Allí encontraremos hoy á esa insigne señora, honor de la hispana grandeza. ¿Por qué no acudir á ella? Me ha dicho infinitas veces que desea servirme, tanto á mi como á mi sobrina, y que espera con ansia el momento en que yo quisiera usar de su poder y valimiento para cualquier asunto.

—En esa señora nos manda Dios un comisionado para salir de este apuro—dije yo sintiéndome con mayores ánimos.—Le contaremos lo que nos pasa, comprenderá con cuanta injusticia se nos persigue y cuando vea á Inés... ¡Ay! se me figura que el empeño de la marquesa por ver á Inés no es simple curiosidad. En fin: visitaremosla hoy mismo y Dios dispondrá.

—Temo salir á la calle.

—Yo también; pero es preciso salir, pues no es cosa de que andemos por los tejados. Si quiere usted iré yo ahora mismo á casa de la marquesa, que ya me conoce, y diciéndole que voy de parte de usted le pintaré la situación en que nos encontramos, hablándole también de Inesilla, que es sin duda lo que le interesa más.

—Me parece bien; ¿y si te ven?

—Iré por calles extraviadas, y en caso de apuro, no me faltan piernas con que perderme de vista.

Yo estaba dominado por vivísima excitación, y cuando

adoptaba un plan, cada segundo que transcurría sin ponerlo por obra, parecíame un siglo. No me era posible entregarme al reposo sin dar aquel paso en un camino que me parecía conducir á lugar seguro en nuestro desgraciado aislamiento. Inés no podía descansar tampoco, y su espíritu, no repuesto del azoramiento y zozobra de la madrugada anterior, era impresionado fuertemente por cuanto veía. Asomábase á la ventana que caía hacia la calle de San José, frente al parque de artillería, y como la vivienda era piso principal bajando del cielo, se veía el gran patio interior de aquel establecimiento de guerra, con los cañones y demás pertrechos, puestos en ordenadas filas á un lado y otro.

—Esto que ves es el parque de artillería, hija—la dijo Don Celestino.—¿Ves? en aquellos grandes edificios se alojan los artilleros. Mira, salen algunos con un carro para ir á casa del abastecedor en busca de las provisiones.

—¿Y esas montañitas tan bonitas, formadas por cosas negras y redondas, iguales todas y puestas con mucho orden?—preguntó la muchacha sin dar tregua á su admiración.

—Esas son balas, chicuela—repuso el clérigo.—Los hombres han inventado esos juguetes para matarse unos á otros.

—Esas balas se meten en los cañones que están allí junto—dije yo, queriendo mostrar mi erudición—y poniendo también pólvora y un cartucho se dispara y es muy bonito. Hace un ruido, chiquilla, que se vuelve uno loco. ¡Si vieras como me lucí en el combate de Trafalgar! ¡Si tú me hubieras visto!... Lo menos maté mil ingleses.

—Quiten para allá—exclamó con miedo D. Celestino.—Sólo de pensar que eso se dispara me pongo á temblar.

Y se retiraron de la ventana. Yo aconsejé á Inés que descansara, y salí á la calle después que Don Celestino, echándome algunas bendiciones, rezó un *pater noster* por mi seguridad y buena suerte en la comisión que iba á desempeñar.

Alejándome todo lo posible del centro de la villa, llegué á la plazuela de Palacio, donde me detuvo un obstáculo casi insuperable; un gran gentío, que bajando de las calles del Viento, de Rebeque, del Factor, de Noblejas y de las plazuelas de San Gil y del Tufo, invadía toda la calle Nueva y parte de la plazuela de la Armería. Pensando que sería probable encontrar entre tanta gente al licenciado Lobo, procuré abrirme paso hasta rebasar tan molesta compañía; pero esto era punto menos que imposible, porque me encontraba envuelto, arrastrado por aquel inmenso oleaje humano, contra el cual era difícil luchar.

Yo estaba tan preocupado con mis propios asuntos, que durante algún tiempo no discurri sobre la causa de aquella tan grande y ruidosa reunión de gente, ni sobre lo que pedía, porque indudablemente pedía ó manifestaba desear alguna cosa.

Después de recibir algunos porrazos y tropezar repetidas veces, me detuve arrimado al muro de Palacio, y pregunté á los que me rodeaban:

—¿Pero qué quiere toda esa gente?

—Es que se van, se los llevan—me dijo un chispero,—y eso no lo hemos de consentir.

El lector comprenderá que no me importaba gran cosa que se fueran ó dejaran de irse los que lo tuvieran por conveniente, así es que intenté seguir mi camino. Poco había adelantado, cuando me sentí cogido por un brazo; estremezime de terror creyendo que estaba nuevamente en las garras del licenciado; pero no se asusten ustedes: era Chinitas.

—¿Con que parece que se los llevan?—me dijo.

—¿A los infantes? Eso dicen; pero te aseguro, Chinitas, que eso me tiene sin ningún cuidado.

—Pues á mi no. Hasta aquí llegó la cosa, hasta aquí aguantamos, y de aquí no ha de pasar. Tú eres un chiquillo y no piensas más que en jugar, y por eso no te importa.

—Francamente, Chinitas, yo tengo que ocuparme demasiado de lo que á mí me pasa.

—Tú no eres español—me dijo el amolador con gravedad.

—Sí que lo soy—repuse.

—Pues entonces no tienes corazón, ni eres hombre para nada.

—Sí que soy hombre y tengo corazón para lo que sea preciso.

—Pues entonces, ¿qué haces ahí como un marmolillo? ¿No tienes armas? Coge una piedra y rómpele la cabeza al primer francés que se ponga delante.

—Han pasado sin duda cosas que yo no sé, porque he estado muchos días sin salir á la calle.

—No, no ha pasado nada todavía, pero pasará. ¡Ah! Gabrielillo, lo que yo te decía ha salido cierto. Todos se han equivocado, menos el amolador. Todos se han ido y nos han dejado solos con los franceses. Ya no tenemos Rey, ni más Gobierno que esos cuatro carcamales de la Junta.

Yo me encogí de hombros, no comprendiendo por qué estábamos sin Rey y sin más Gobierno que los cuatro carcamales de la Junta.

—Gabriel—me dijo mi amigo después de un rato,—¿te gusta que te manden los franceses, que con su lengua que no entiendes, te digan: «haz esto ó haz lo otro,» y que se entren en tu casa, que te hagan ser soldado de Napoleón, y que España no sea España, vamos al decir, que nosotros no seamos como nos da la gana de ser, sino como el emperador quiera que seamos?

—¿Qué me ha de gustar? Pero eso es pura fantasía tuya. ¿Los franceses son los que nos mandan? ¡Quiá! Nuestro Rey, cualquiera que sea, no lo consentiría.

—No tenemos Rey.

—¿Pero no habrá en la familia otro que se ponga la corona?

—Se llevan todos los infantes,

—Pero habrá grandes de España y los señores de muchas campanillas, y generales y ministros que les digan á los ministros: «Señores, hasta aquí llegó. Ni un paso más.»

—Los señores de muchas campanillas se han ido á Bayona, allí andan á la greña por saber si obedecen al padre ó al hijo.

—Pero aquí tenemos tropas que no consentirán....

—El Rey les ha mandado que sean amigos de los franceses y que les dejen hacer.

—Pero son españoles, y tal vez no obedezcan esa barbaridad; porque dime: si los franceses nos quieren mandar, ¿es posible que un español que vista uniforme lo consienta?

—El soldado español no puede ver al francés, pero son uno por cada veinte. Poquito á poquito se han ido entrando, entrando, y ahora, Gabriel, esta baldosa en que ponemos los pies es tierra del Emperador Napoleón.

—¡Oh, Chinitas! Me haces temblar de cólera. Eso no se puede aguantar, no señor. Si las cosas van como dices, tú y todos los demás españoles que tengan vergüenza cogerán un arma, y entonces....

—No tenemos armas.

—Entonces, Chinitas, ¿qué remedio hay? Yo creo que si todos, todos, todos dicen: «vamos á ellos,» los franceses tendrán que retirarse.

—Napoleón á vencido á todas las naciones.

—Pues entonces echemos á llorar y metámonos en nuestras casas.

—¿Llorar?—exclamó el amolador cerrando los puños.—Si todos pensarán como yo... No se puede decir lo que sucederá, pero.... Mira: yo soy hombre de paz, pero cuando, pero cuando veo que estos condenados franceses se van metiendo callandito en España diciendo que somos amigos; cuando veo que se llevan engañado al Rey; cuando les veo por esas calles echando facha y bebiéndose el mundo de un sorbo; cuando pienso que ellos están muy creídos de que

nos han metido en un puño por los siglos de los siglos, me dan ganas... no de llorar, sino de matar, pongo por el caso, pues.... quiero decir que si un francés pasa y me toca con su codo en el pelo de la ropa, levanto la mano... mejor dicho... abro la boca y me lo como. Y cuidado, que un francés me enseñó el oficio que tengo. El francés me gusta, pero allá en su tierra.



XXVI

Durante nuestra conversación, advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente venidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informados, que no parten de ninguna voz oficial, y resuenan en los oídos de un pueblo entero, hablándole el balbuciente lenguaje de la inspiración. La campana de ese arrebató glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos á paljitar en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la historio ejemplos como aquél, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una condensación colosal, una unidad sin discrepancias de ningún género, y por tanto, una fuerza irresistible y superior á cuantos obstáculos pueden oponerle los recursos materiales, el genio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional, y la disciplina que da más cohesión el patriotismo.

Estas reflexiones se me ocurren ahora recordando aquellos sucesos.

Entonces, y en la famosa mañana de que me ocupo, no estaba mi ánimo para consideraciones de tal índole, mucho menos en presencia de un conflicto popular que de minuto en minuto tomaba proporciones graves. La ansiedad crecía por instantes: en los semblantes había más que ira, aquella tristeza profunda que precede á las grandes resoluciones, y mientras algunas mujeres proferían gritos lastimosos, oí á muchos hombres discutiendo en voz baja planes de no sé qué inverosímil lucha.

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear á un oficial francés que á la sazón atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió á aquél otro oficial español que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denuedo les hostilizaban; pero al poco rato una pequeña fuerza puso fin á aquel incidente. Como avanzaba la mañana, no quise yo perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció de cureñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

—¡La artillería!—exclamaron algunos.

Pero lejos de determinar la presencia de los artilleros una dispersión general, casi toda la multitud corría hacia la calle Nueva (*). La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y allá también; pero una detonación espantosa heló la sangre en mis venas; y vi caer no lejos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Aquel fué uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida.

La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrado á muchos que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos á arrojarse sobre

(*) Hoy de Bailén.

los artilleros; mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que se lamentaban heridos ó moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión, y corrieron todos hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas.» Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento antes la multitud de los madrileños eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría á su casa, á la agena ó á la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía con tal que sirviera para algo.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero: arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

La calle Mayor y las contiguas ofrecían el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por medio del lenguaje. El que no lo vió, renuncie á tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que entre nueve y once todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurrección como se propaga la llama en el bosque seco azotado por impetuosos vientos.

En el Pretil de los Consejos, por San Justo y por la plazuela de la Villa, la irrupción de gente armada viniendo de los barrios bajos era considerable; mas por donde vi aparecer después mayor número de hombres y mujeres, y hasta enjambres de chicos y algunos viejos, fué por la Plaza Mayor y los portales llamados de Bringas.

Hacia la esquina de la calle de Milanese, frente á la cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque habiendo aparecido como una

veintena de franceses que acudían á incorporarse á sus regimientos, fueron atacados de improviso por una cuadrilla de mujeres ayudadas por media docena de hombres. Aquella lucha no se parecía á ninguna peripecia de los combates ordinarios, pues consistía en reunirse súbitamente envolviéndose y atacándose sin reparar en el número ni en la fuerza del contrario.

Los extranjeros se defendían con su certera puntería y sus buenas armas: pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desorden y una multiplicidad semejante al de un ametrallamiento á mano; ni con la espantosa centuplicación de pequeñas fuerzas que, sin matar, imposibilitaban la defensa. Algunas veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podía menos de ser generosa; pues cuando los enemigos aparecían en número escaso, se abría para ellos un portal ó tienda donde quedaban á salvo, y muchos de los que se alojaban en las casas de aquella calle debieron la vida á la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de á caballo que corrían á todo escape hacia la puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero irritados ellos, cargaron sobre un grupo apostados en la esquina del callejón de la Chamberga, y bien pronto viéronse envueltos por el paisanaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de ellos, abrió la cabeza á una infeliz maja en el instante en que daba á su marido el fusil recién cargado, y la imprecación de la furiosa mujer al caer herida al suelo, espoleó el coraje de los hombres. La lucha se trabó entonces cuerpo á cuerpo y á arma blanca.

Entre tanto, yo corri hacia la Puerta del Sol buscando lugar más seguro, y en los portales de Pretineros encontré á Chinitas. La Primorosa salió del grupo cercano exclamando con frenesí:

—¡Han matado á Bastiana! Más de veinte hombres hay

aquí y denguno vale un rial. Canallas; ¿para qué os ponéis bragas si tenéis almas de pitimini?

—Mujer—dijo Chinitas cargando su escopeta,—quítate de en medio. Las mujeres aquí no sirven más que de estorbo.

—Cobardón, calzonazos, corazón de albondiguilla—dijo la Primorosa pugnando por arrancar el arma á su marido.—Con el aire que hago moviéndome, mato yo más franceses que tú con un cañón de á ocho.

Entonces uno de los de á caballo se lanzó al golpe hacia nosotros blandiendo su sable.

—¡Menegilda! ¿tienes navaja?—exclamó la esposa de Chinitas con desesperación.

—Tengo tres, la de cortar, la de picar y el cuchillo grande.

—¡Aquí estamos, espanta-cuernos!—gritó la maja, tomando de manos de su amiga un cuchillo carnicero cuya sola vista causaba espanto.

El coracero clavó las espuelas á su corcel, y despreciando los tiros, se arrojó sobre el grupo. Yo ví las patas del corpulento animal sobre los hombros de la Primorosa, pero ésta, agachándose más ligera que el rayo, hundió su cuchillo en el pecho del caballo.

Con la violenta caída, el jinete quedó indefenso, y mientras la cabalgadura espiraba con horrible pataleo, lanzando ardientes resoplidos, el soldado proseguía el combate, ayudado por otros cuatro que á la sazón llegaron.

Chinitas, herido en el frente y con una oreja menos, se había retirado como á unas diez varas más allá, y cargaba un fusil en el callejón del Triunfo, mientras la Primorosa le envolvía un pañuelo en la cabeza, diciéndole:

—Si te moverás al fin. No parece sino que tienes en cada pata las pesas del reloj del Buen Suceso.

El amolador se volvió hacia mí, y me dijo:

—Gabrielillo ¿qué haces con ese fusil? ¿Lo tienes en la mano para escarbarte los dientes?

En efecto, yo tenía en mis manos un fusil, sin que hasta aquel instante me hubiese dado cuenta de ello. ¿Me lo habían dado? ¿Lo tomé yo? Lo más probable es que lo recogí maquinalmente, hallándome cercano al lugar de la lucha, y cuando caía sin duda de manos de algún combatiente herido; pero mi turbación y estupor eran tan grandes ante aquella escena, que ni aun acertaba á hacerme cargo de lo que tenía entre las manos.

—¿Pa qué está aquí esa lombriz?— dijo la Primorosa encarándose conmigo y dándome en el hombro una fuerte manotada.—Descosio, coge ese fusil con más garbo. ¿Tienes en la mano un cirio de procesión?

—Vamos: aquí no hay nada que hacer—afirmó Chinitas, encaminándose con sus compañeros hacia la Puerta del Sol.

Echéme el fusil al hombro y les seguí. La Primorosa seguía burlándose de mi poca aptitud para el manejo de las armas de fuego.

—¿Se acabaron los franceses?—dijo una maja mirando á todos lados.—¿Se han acabado?

—No hemos dejado uno pa simiente de rábanos—contestó la Primorosa.—¡Viva España y el Rey Fernando!

En efecto, no se veía ningún francés en toda la calle Mayor; pero no distábamos mucho de las gradas de San Felipe, cuando sentimos ruido de tambores, después ruido de cornetas, después pisadas de caballos, después estruendo de cureñas rodando con precipitación.

El drama no había empezado todavía realmente. Nos detuvimos, y advertí que los paisanos se miraban unos á otros, consultándose mudamente sobre la importancia de las fuerzas ya cercanas.

Aquellos infelices madrileños habían sostenido una lucha terrible con los soldados que encontraron al paso, y no contaban con las formidables divisiones y cuerpos de ejército que se acampaban en las cercanías de Madrid. No habían medido los alcances y las consecuencias de su calave-

rada, ni aunque los midieran, habrían retrocedido en aquel movimiento impremeditado y sublime que les impulsó á rechazar fuerzas tan superiores.

Había llegado el momento de que los paisanos de la calle Mayor pudieran contar el número de armas que apuntaban á sus pechos, porque por la calle de la Monterra apareció un cuerpo de ejército, por la de Carretas otro, y por la Carrera de San Jerónimo el tercero, que era el más formidable.

—¿Son muchos?—preguntó la Primorosa.

—Muchísimos, y también vienen por esta calle. Allá por Platerías se siente ruido de tambores.

Fr.nte á nosotros y á nuestra espalda teníamos á los infantes, á los ginetes y á los artilleros de Austerlitz. Viéndoles, la Primorosa reía; pero yo.... no puedo menos de confesarlo.... yo temblaba.

